

Cómo responde Dios a las oraciones



Cómo responde Dios a las oraciones

¿Cómo podemos estar seguros de que Dios responderá a nuestras oraciones? No basta con afirmar nuestra fe en la oración. Miles de madres, por ejemplo, han creído en la oración y han pedido a Dios que proteja a sus hijos en el campo de batalla, solo para recibir la noticia de que han muerto. Afirmar nuestra fe en la oración tampoco explica por qué, cuando toda una nación reza por la paz, a menudo se ve envuelta en un torbellino de guerra.

Por otro lado, hay miles de personas que están deseosas de testificar que Dios ha respondido a sus oraciones por la seguridad de sus hijos. Otros miles testificarán de la maravillosa manera en que Dios les ha concedido otras bendiciones especiales que le pidieron. Por lo tanto, basándonos únicamente en la experiencia, podría parecer que Dios responde a las oraciones de algunos, pero no a las de otros.

Sin embargo, esto no concuerda con lo que las Escrituras nos dicen acerca de Dios. La Biblia dice

que él «no hace acepción de personas». Por lo tanto, debe haber alguna buena razón por la cual Dios responde algunas oraciones y otras no. Si podemos encontrar esa razón, debería ayudar a restaurar la fe de algunos cuyas oraciones aparentemente no han sido respondidas.

La oración es una fase muy importante de la experiencia cristiana. También es practicada ampliamente por los seguidores de muchas otras religiones. El deseo de orar es un reconocimiento de nuestra dependencia de un Poder Superior, la expresión de la comprensión de que necesitamos ayuda de alguna fuente externa y superior a nosotros mismos. Sin duda, Dios se complace con el deseo sincero de todos los que tratan de contactar con él en la oración, porque, al menos en esta medida, es un reconocimiento de su poder soberano.

El impulso casi universal de orar se debe al hecho de que, originalmente, el hombre fue creado a imagen de Dios. Como resultado de la caída del hombre en el pecado y la muerte, la imagen divina en su carácter se ha difuminado mucho, en muchos casos casi se ha borrado, pero aún quedan restos de

ella, y una de sus manifestaciones es el impulso de orar. Puede que haya millones de personas que nunca oran, pero a menudo sienten que deberían hacerlo y tienen un sentimiento de culpa por no hacerlo.

Dios se complace con el espíritu de oración de sus criaturas. Pero, ¿por qué escucha las oraciones de algunos, mientras que otras parecen quedar sin respuesta? Jesús insinúa la respuesta a esta pregunta en sus observaciones sobre las oraciones de los escribas y los fariseos. Oían para ser vistos y oídos por los hombres, explicó Jesús, y pensaban que Dios los escucharía por sus muchas palabras. Esto nos recuerda que hay actitudes adecuadas e inadecuadas en la oración, así como métodos correctos e incorrectos. Muchos pueden ser sinceros, pero su método es inadecuado.

Las Escrituras también indican que hay cosas apropiadas e inapropiadas por las que orar. El apóstol Santiago escribió: «Pedís y no recibís, porque pedís mal» (Santiago 4:3). Es de vital importancia determinar qué privilegio tenemos de pedirle a Dios que nos conceda en forma de favores.

No podemos esperar pedirle a Dios todo lo que creemos desear y que nuestras oraciones sean respondidas.

El propósito de la oración

Hay un propósito divino en la oración, y es muy importante que lo tengamos presente si queremos entender por qué algunas oraciones no son respondidas. Dios no diseñó la oración como un medio para averiguar cómo debe manejar sus asuntos aquí en la tierra. Él no espera que nosotros le digamos lo que debe hacer. Él tiene sus propios planes y propósitos fijos, y si queremos recibir las riquezas de su bendición, es esencial que nuestras oraciones estén en armonía con ellos. Pedimos mal cada vez que le pedimos a Dios bendiciones que Él no ha diseñado para darnos.

En las Escrituras se nos presentan varios tipos de oración. Las más importantes son las oraciones de acción de gracias. Sin duda, Dios se complace cuando sus criaturas lo reconocen como la fuente de sus bendiciones y, por ello, elevan sus corazones y sus voces a él en acción de gracias.

Hay oraciones de adoración, oraciones que reconocen los gloriosos atributos del carácter del Creador: su sabiduría, su justicia, su amor y su poder. El deseo de glorificar a Dios debe ser el motivo de gran parte de nuestras oraciones.

Las oraciones pidiendo la misericordia de Dios también son apropiadas. Las Escrituras instan a todos los cristianos a buscar el perdón divino de sus pecados por medio de la oración. Pablo habla de esto como «acercarse con confianza al trono de la gracia», para obtener misericordia y hallar gracia para ayudar en todo momento de necesidad. Hebreos 4:16

Luego, por supuesto, están las oraciones que son peticiones de ciertas bendiciones o favores del Señor. Son estas las que nos preocupan especialmente en este momento. Algunos oran por la salud, ya sea para ellos mismos o para otros. Algunos oran por la riqueza. Algunos oran por protección durante un viaje. Millones de personas oran por la paz. A menudo ha sucedido que los ciudadanos de países que se enfrentan en guerra oran para que sus respectivos ejércitos salgan

victoriosos. Supondremos que todos los que acuden a Dios en oración son sinceros y, por supuesto, le piden las cosas que les parecen más importantes en ese momento. Pero, ¿justifica la Biblia nuestra creencia de que todas estas oraciones deben ser respondidas?

Puede que Dios responda a la oración de una madre por la seguridad de su hijo en el campo de batalla. O puede que las oraciones por la paz de una nación sean respondidas. Pero si tales oraciones son respondidas, simplemente significa que estaba en consonancia con su voluntad hacerlo. Dios tiene un plan fijo, de acuerdo con el cual se preocupa por la raza humana. Ese plan no fue hecho para satisfacer los caprichos y deseos de sus criaturas humanas, ni ninguna cantidad de oraciones cambiará sus planes.

«La oración cambia las cosas», dicen, pero no cambia los planes de Dios. Dios no nos mira a nosotros, ni a las naciones, ni siquiera a las Naciones Unidas, para saber qué cambios debe hacer para mejorar nuestras condiciones o las del mundo en general. ¡Qué poca confianza tendríamos en un dios cuyas opiniones pudieran ser influidas o

cuyos planes pudieran ser cambiados por la elocuencia de las oraciones de su pueblo!

«Hágase tu voluntad»

En sus oraciones, el pueblo de Dios debe tener en mente y en el corazón el deseo de que se haga su voluntad en todas sus experiencias. Tenemos un ejemplo destacado de esto en el caso de Jesús. En el huerto de Getsemaní, cuando el Maestro se enfrentaba al arresto y la muerte, «le invadió la angustia y la consternación, y les dijo [a sus discípulos]: Mi corazón está a punto de romperse de dolor... Se alejó un poco, se postró en tierra y oró, diciendo: Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa. Sin embargo, no sea como yo quiero, sino como tú quieres». Mateo 26:38, 39

Era la voluntad de Dios que Jesús sufriera la humillación y la muerte como Redentor y Salvador de los hombres. Esta importante característica del plan divino había sido predicha por los santos profetas del Antiguo Testamento. Jesús deseaba por encima de todo que se cumpliera la voluntad divina, sin importar lo que eso significara para él. Lo afirmó más tarde, cuando estaba a punto de ser arrestado.

Pedro desenvainó su espada para proteger a su Maestro, quien le dijo: «Envaina tu espada, porque los que usan la espada, a espada morirán. ¿Acaso no voy a beber la copa que mi Padre me ha dado?». Juan 18:10, 11

Los seguidores de Jesús tienen el privilegio de sufrir y morir con él. Pablo habló de ser «crucificado» con él, y también escribió: «A vosotros se os ha concedido, por causa de Cristo, no solo creer en él, sino también sufrir por él» (Gálatas 2:20, Filipenses 1:29). Estamos llamados a seguir los pasos de Jesús, por lo que sabemos que no es la voluntad de Dios librarnos de todas las dificultades. Por lo tanto, al igual que con Jesús, nuestra principal preocupación e e debe ser que se haga la voluntad del Señor en nuestros cuerpos mortales. La voluntad del Señor puede ser que durante un tiempo disfrutemos de ciertas bendiciones terrenales, pero el peso de nuestras oraciones no debe recaer en ellas, sino en que se haga su voluntad.

Jesús amplió este punto cuando dijo a sus discípulos que mientras permanecieran en él y sus palabras permanecieran en ellos, podrían pedir en oración lo

que desearan, y les sería concedido (Juan 15:7). Esto podría parecer una garantía de que tenemos el privilegio de pedir a Dios cualquier cosa que se nos ocurra y deseemos. ¡Pero no es así!

Fíjate en la condición que el Maestro añade a esta afirmación: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros». Permanecer en Cristo significa ser miembro de su cuerpo, siendo él nuestra Cabeza. Esto significa que sus pensamientos se convierten en nuestros pensamientos, y sus planes en nuestros planes. Si nuestra voluntad se ha rendido por completo a Dios, a través de Cristo, no tendremos voluntad propia, y nuestras oraciones no serán peticiones de lo que queremos, sino solo de aquellas cosas que están en armonía con la voluntad de nuestra Cabeza. Al orar así, en armonía con la voluntad del Señor, podemos estar seguros de recibir respuestas favorables.

Esto está en armonía con otra declaración que Jesús hizo a sus discípulos, en la que nos informa que el Padre Celestial se complacerá en dar el «Espíritu Santo a los que se lo pidan». (Lucas 11:13). Estar llenos del Espíritu de Dios significa que sus

pensamientos dominen nuestro pensamiento y que nuestras vidas se ajusten a esos pensamientos. Entonces no le pediremos a Dios más que las bendiciones que él ha prometido dar, y así nunca habrá ninguna duda sobre si nuestras oraciones serán respondidas.

«Venga tu reino»

En respuesta a la petición de los discípulos: «Señor, enséñanos a orar», Jesús les dio lo que ahora se conoce familiarmente como «el Padrenuestro». En esta oración modelo se nos da una guía sobre lo que podemos pedir en nuestras oraciones.

Una parte importante de este breve esquema de oración es el método adecuado para acercarse a Dios: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre» (Lucas 11:1,2). En las Escrituras, Adán es llamado «hijo de Dios» (Lucas 3:23,38). Pero cuando pecó, perdió su filiación e , siendo alejado de Dios y condenado a muerte. Los hijos de Adán, toda la raza humana, son igualmente ajenos y extraños a Dios, por lo que no pueden dirigirse a él adecuadamente como «Padre nuestro que estás en los cielos». Este es un privilegio que

pertenece exclusivamente a aquellos que se han arrepentido de sus pecados, han aceptado a Jesús como su Salvador personal y han dedicado sus vidas a Dios en plena consagración para hacer su voluntad. Se considera que estos han recibido el Espíritu de filiación de Dios y, por lo tanto, se han convertido en sus hijos.

Como hijos de Dios, estos desearán por encima de todo honrar el nombre de su Padre. Por lo tanto, con palabras y acciones, su actitud siempre será: «Santificado sea tu nombre». Honrar debidamente como santo el nombre de nuestro Padre Celestial implica que cuando nos acerquemos a él en oración, lo haremos de la manera que Jesús nos ha indicado en las Escrituras. Él explicó que nuestras oraciones deben ser ofrecidas en su nombre. Juan 15:16

Hay una razón para ello. Como miembros de la raza justamente condenada, no tenemos ningún derecho ante el trono divino de la gracia, excepto a través de Jesús, nuestro Abogado. En su nombre, y por el mérito de su sangre derramada, tenemos el privilegio de acercarnos «con confianza» al trono de la gracia para buscar el perdón y todas las demás

bendiciones que nuestro amoroso Padre Celestial ha prometido dar (Hebreos 4:16). Si honramos debidamente su nombre como santo, nunca nos atreveremos a acercarnos a él excepto a través de Jesús.

Cuando seguimos el ejemplo del Padrenuestro, nuestras peticiones no serán tanto en nuestro propio nombre como para la bendición de los demás. Esto se indica en la petición inicial: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». (Mateo 6:10). La respuesta a esta petición será una respuesta a mucho de lo que la gente ha rezado a lo largo de los siglos. Esa respuesta satisfará los deseos legítimos de todas las personas. Significará paz, salud y vida eterna para todos los que se ajusten a las justas leyes del reino del Señor.

Las bendiciones que la raza humana anhela, y por las que millones de personas rezan, fueron anticipadas por Dios y provistas a través del reino que ha prometido por medio de todos sus profetas. En estas promesas encontramos muchos detalles de las bendiciones que garantizará al pueblo, incluida la restauración de un a aquellos que han fallecido. No,

Dios no ha sido indiferente al sufrimiento de las personas, ni ha hecho oídos sordos a sus gritos de ayuda; y su respuesta a sus oraciones, cuando llegue el momento oportuno, superará con creces todo lo que jamás se han atrevido a esperar.

Tomemos el caso de una madre que reza por la seguridad de su hijo en el campo de batalla. Ella lo ama, y nada podría significar más para ella que su regreso sano y salvo al hogar familiar. Pero él no regresa, y su primer pensamiento puede ser que a Dios no le importa, que no tiene piedad. ¡Qué diferente se sentiría si pudiera creer que Dios le ha proporcionado un regreso a casa mucho más satisfactorio de lo que jamás se le pasó por la mente cuando rezó!

Qué poco sabe a veces una madre de las penurias y el sufrimiento de los que su hijo puede ser salvado al fallecer. Al fin y al cabo, tanto la madre como su hijo son miembros de una raza moribunda, y la diferencia entre morir en el campo de batalla y morir más tarde de viejo es solo momentánea si se compara con la infinita extensión de la eternidad. Es desde este punto de vista que debemos aprender a

ver el tema de la oración y la forma en que Dios responde a nuestras peticiones.

El mero hecho de que recemos a Dios es un reconocimiento de nuestra creencia de que su sabiduría, su poder y su amor superan con creces los nuestros. Sin embargo, a menudo lo olvidamos y sentimos que no ha honrado nuestras oraciones porque no las ha respondido como lo habríamos hecho nosotros, mediante el ejercicio de nuestras mínimas capacidades. La duración de nuestra vida condenada es muy corta. Juzgamos los logros según si alcanzan la madurez o no dentro de este corto tiempo del que tenemos conocimiento. Pero no debemos juzgar las obras de Dios desde este punto de vista.

Las Escrituras hablan de Dios como «desde la eternidad hasta la eternidad» (Salmos 41:13; 90:2). Él no tiene ninguna necesidad de completar ninguna fase concreta de su plan dentro de nuestra corta vida, ni siquiera si tiene que ver con nuestras peticiones individuales. Si hoy le pidiéramos a Dios algunas bendiciones especiales que estuvieran de acuerdo con su voluntad, y la respuesta no llegara

hasta mañana, o incluso pasado mañana, no perderíamos la fe en él, sino que nos regocijaríamos cuando la respuesta llegara. Dios también tiene sus «mañanas». Sus días no se miden en horas, sino en eras, y en su era «mañana», el período milenario del reino de Cristo, todas aquellas bendiciones que el mundo ha anhelado legítimamente, y por las que millones han elevado sus peticiones a Dios, serán derramadas abundantemente sobre la humanidad. En reconocimiento de esto, el pueblo responderá entonces: «Este es nuestro Dios; lo hemos esperado... nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación». Isaías 25:9

«Como en el cielo»

Ya hemos aprendido que Dios no responderá ninguna oración que no esté en armonía con su voluntad. En la mayor de todas las oraciones, el Padrenuestro, se establece claramente este principio. Pide a Dios bendiciones para los pueblos de la tierra, no cualquier tipo de cosas supuestamente buenas que puedan anhelar, sino cosas en armonía con su voluntad. «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo».

¡Qué gran libertad nos ha dado con respecto a las cosas que están en armonía con su voluntad! La voluntad de Dios se hace en el cielo, y su propósito es que se haga en la tierra en la misma medida. Por supuesto, no sabemos todas las formas en que se hace la voluntad de Dios en el cielo, pero podemos estar razonablemente seguros de que los males que ahora existen en la tierra no afligen la vida de aquellos que están en el reino espiritual que llamamos cielo.

La guerra es un mal que no está en armonía con la voluntad divina. ¿Debemos, entonces, orar por la paz? ¡Por supuesto! De hecho, no podríamos orar para que se haga la voluntad de Dios en la tierra como en el cielo sin orar por la paz. Pero nuestras oraciones por la paz deben estar en consonancia con el plan de Dios para establecer la paz, y ese es su plan para el reino. Él ha prometido establecer un reino, establecer un gobierno. Jesús será el Rey en ese gobierno. «El gobierno estará sobre sus hombros», escribió Isaías, y «no habrá fin al aumento de su gobierno y paz». Isaías 9:6,7

Sin duda, Dios mira con simpatía los anhelos de la humanidad de abolir la guerra. Cuando la tensión internacional está en su punto álgido y la guerra parece inevitable, las personas devotas de ambos bandos se sienten obligadas a orar por la paz. Las diferencias que amenazan con precipitar la guerra pueden resolverse o no, pero sabemos que, en última instancia, habrá una paz universal y duradera. No porque las naciones encuentren por fin una fórmula viable para la paz, sino porque «el Príncipe de la Paz» asumirá el gobierno de la tierra y se responderá a la oración «Venga tu reino».

El gobierno de Cristo se simboliza en las Escrituras como la «montaña del Señor», y en Miqueas 4:1-4 leemos que llegará el momento en que el pueblo dirá: «Subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y andaremos por sus sendas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones poderosas y lejanas; y convertirán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en podaderas; ninguna nación levantará la espada contra otra nación, ni se adiestrarán más para la guerra. Sino que cada uno

se sentará debajo de su parra y debajo de su higuera, y nadie les hará temer, porque la boca del Señor de los ejércitos ha hablado».

¡Qué maravilloso programa para el desarme! Es el programa de Dios, y cuando oramos por la paz y por el desarme de las naciones, hagámoslo con la seguridad de que Dios nos escuchará y responderá a nuestras oraciones en armonía con su voluntad, que será el camino del reino. «Él hace cesar las guerras», profetizó David. Salmos 46:9

«No más muerte»

La enfermedad y la muerte son consecuencia del pecado de nuestros primeros padres y se encuentran entre los males que Dios ha prometido destruir. ¿Debemos, entonces, orar por la salud y pedir al Señor que salve la vida de nuestros seres queridos que puedan haber sido afectados por una enfermedad grave? Sí, pero siempre con el entendimiento de que queremos que se haga la voluntad del Señor, y con el conocimiento de que puede que no sea su voluntad conceder salud y vida a aquellos por quienes oramos hasta que estas

bendiciones estén disponibles para todos durante los mil años del reino de Cristo.

Sabemos que entonces todas las enfermedades serán curadas. «El habitante [en aquel día] no dirá: Estoy enfermo», escribió Isaías (Isaías 33:24). Al describir algunas de las bendiciones del reino de Cristo, Pablo escribió que Cristo reinará hasta que todos los enemigos sean puestos bajo sus pies, y que el último enemigo en ser destruido será la muerte. (1 Corintios 15:25, 26). Cuando el apóstol Juan vio en visión el reino de Dios establecido en la tierra e , discernió que, como resultado, «no habrá más muerte, ni habrá más dolor». Apocalipsis 21:4

Cuando oramos por la salud y la vida, comprendamos el significado de esta provisión más amplia que el Creador ha hecho para conceder estas bendiciones, no solo a nosotros y a nuestros seres queridos, sino a toda la humanidad que las busque con humildad y obediencia durante los mil años del reinado de Cristo. Esto lo hacemos cuando oramos: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Mateo 6:10

«Desde la tierra del enemigo»

Los caminos de Dios y las provisiones que ha hecho para sus criaturas son siempre mucho mejores que los concebidos por la sabiduría humana. Oramos por salud, protección, paz, pero ¿quién ha pensado alguna vez en orar para que sus seres queridos fallecidos les sean devueltos? Sin embargo, Dios, en su plan, ha ido más allá de lo que hemos osado pedir en nuestras oraciones. ¡Ha prometido devolver a los muertos!

Cuántas madres se han roto el corazón por la pérdida de un pequeño precioso. Una de ellas es mencionada por el profeta Jeremías. Se llamaba Raquel. Jeremías escribió: «Se oyó una voz en Ramá, llanto y lamento amargo; Raquel lloraba por sus hijos y no quería ser consolada». El profeta continúa: «Refrena tu voz del llanto y tus ojos de las lágrimas, porque tu trabajo será recompensado, dice el Señor, y volverán de la tierra del enemigo». Jeremías 31:15, 16

La muerte es el mayor enemigo del hombre, y el plan de Dios es devolver la vida a todos los que están en la «tierra» de la muerte. Este gran favor también está

incluido en nuestra petición «Venga tu reino», porque durante el reino de Cristo todos los que están en sus tumbas, en estado de muerte, oirán la voz del Hijo del hombre y saldrán. Juan 5:28, 29

El apóstol Pedro describe la restauración de la vida del hombre como «restitución», y nos dice que después de la segunda venida de Cristo habrá «tiempos de restitución de todas las cosas», prometidos por todos los santos profetas de Dios desde el principio del mundo. Hechos 3:20, 21

Bajo la vid y la higuera

Muchos rezan por la riqueza, o al menos por la seguridad económica. Casi todo el mundo siente cierto temor o incertidumbre al enfrentarse a la vejez. ¿Tendremos seguridad económica cuando lleguemos a una edad en la que ya no podamos ganarnos la vida? Es comprensible que cualquiera que crea en Dios y piense en él como alguien que ama y se preocupa, recurra a él en oración para pedirle seguridad económica.

Sabemos, por supuesto, que hay millones de personas en el mundo que no tienen seguridad

económica. También hay millones que literalmente se mueren de hambre y carecen de comida, ropa y refugio adecuados. Dios ama a todas estas personas, y aunque agradeceríamos que nos bendijera con una situación más favorable en la vida, ¿no es mejor regocijarnos por la provisión amorosa que ha hecho para cuidar de todos los pobres y necesitados en su debido tiempo y manera? ¡Esto es lo que ha prometido hacer!

En las promesas de Dios, la idea de la seguridad económica se simboliza con la idea de habitar bajo la propia «vid» y la propia «higuera». El profeta declara que todos serán bendecidos de esta manera, y que la provisión de Dios será tan completa que el miedo desaparecerá porque «nadie los atemorizará». Miqueas 4:4

En la profecía de Isaías, se nos da una seguridad similar con respecto a las bendiciones de Dios para el mundo en la era venidera. Este profeta de Dios nos dice que entonces no construirán casas para que otros las habiten, ni plantarán para que otros coman, sino que el pueblo disfrutará por mucho tiempo de las obras de sus manos. Disfrutarán del

fruto de su trabajo para siempre si continúan obedeciendo las leyes justas del reino que entonces gobernará el mundo. Isaías 65:20-25

Este capítulo de la profecía de Isaías indica que las bendiciones de Dios en esa era del reino se derramarán sobre el pueblo en respuesta a sus oraciones. «Antes de que llamen, yo responderé; y mientras aún estén hablando, yo los escucharé» (versículo 24). Esta no ha sido la experiencia de la gran mayoría hasta ahora, porque aún no ha llegado el momento de concederles los favores que han pedido, y porque él sabe que sus experiencias con la adversidad les ayudarán a apreciar las bendiciones que les proporcionará a lo largo de los años eternos.

Cuando se establezca el reino, qué diferente será todo. Las bendiciones que anhela la raza moribunda estarán entonces disponibles incluso antes de que piensen en orar por ellas. «Antes de que llamen, yo responderé». Y cuando aprendan a pedirle sus bondades, las respuestas a sus oraciones serán tan reales e inmediatas que parecerá como si hubieran llegado antes de que el suplicante hubiera terminado

su oración. «Mientras aún están hablando, yo los escucharé». Isaías 65:24

«Nuestro pan de cada día»

La respuesta a la oración «Venga tu reino» incluye muchas bendiciones materiales por las que los devotos del mundo suelen orar, pero que a menudo no reciben. Nos regocijamos porque se acerca el momento en que estas bendiciones materiales legítimas comenzarán a fluir a «todas las familias de la tierra», como Dios prometió a Abraham. (Génesis 12:3). Mientras tanto, es bueno considerar cómo Dios responde ahora a las oraciones de su pueblo consagrado, las oraciones de aquellos que tienen el privilegio de dirigirse a él como «Padre nuestro que estás en los cielos».

Estos, con más fervor que ningún otro, han seguido orando para que venga el reino de Dios. Al mismo tiempo, han tenido el privilegio de pedirle a Dios sus propias necesidades diarias inmediatas, ya que Jesús les enseñó a orar: «Danos hoy nuestro pan de cada día».

Esta es una petición muy moderada y, cuando se hace con el espíritu adecuado, es un reconocimiento de que el Señor sabe mejor que nadie cuáles son nuestras necesidades diarias y que nos conformaremos con cualquier provisión que Él considere oportuna. Además, para aquellos que siguen los pasos sacrificiales de Jesús, es importante reconocer que nuestras necesidades espirituales son mucho más importantes que las materiales. El pan se utiliza en las Escrituras para simbolizar la verdad, la verdad del Evangelio, la verdad de la Palabra, la verdad del plan divino. Dios ha prometido alimentarnos abundantemente con este Pan de Vida, por lo que podemos orar así con plena seguridad, sabiendo que nuestras peticiones son principalmente por el alimento espiritual que Él ha prometido y, por lo tanto, en armonía con su voluntad.

«Como nosotros perdonamos»

«Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». Esta parte del Padrenuestro solo puede ser pronunciada con sinceridad por aquellos cuyos corazones e es están

lentos del mismo espíritu de amor que impulsó a nuestro Padre Celestial a enviar a su Hijo al mundo para ser el Redentor y Salvador. Este amor proporciona el perdón a los pecadores, que han pecado contra Dios al desobedecer sus leyes. Él está dispuesto a perdonarnos, pero solo con la condición de que tengamos la actitud correcta hacia aquellos que pecan contra nosotros. Sin duda, esta es una prueba profunda de nuestra sinceridad.

Dios perdona a su pueblo porque considera que sus imperfecciones adánicas están cubiertas por el valor de la sangre redentora de Cristo. Esto significa que el que ora es un creyente sincero en Cristo, cuya aceptación de Cristo es tan incondicional que ha renunciado a todo lo demás para seguir a su Maestro. Solo así puede acudir a Dios en oración, pidiendo perdón en nombre de Cristo.

«Líbranos del mal»

«No nos dejes caer en tentación, sino líbranos del mal». La primera tentación mencionada en la Biblia fue la de la madre Eva. Ella fue tentada por el caído Lucifer, a través de la serpiente, para desobedecer la ley de Dios. La transgresión de la ley de Dios, que

las Escrituras designan como pecado (), y la palabra tentación se utilizan para describir cualquier esfuerzo, seducción o incitación al pecado. El diablo es el mayor de todos los tentadores, y utiliza muchos y diversos medios para presentar sus tentaciones pecaminosas a aquellos a quienes se esfuerza por alejar de Dios y llevar por el camino de la injusticia.

«Dios no tienta a nadie», escribió Santiago (Santiago 1:13). Esto significa que podemos confiar en que Dios no nos llevará a la tentación; por eso, en nuestras oraciones reclamamos esta seguridad.

Qué esperanzador es el contraste con esto: «Líbranos del mal». El diablo, el archiengañador, ha ejercido a lo largo de los siglos su influencia sobre el hombre, y especialmente sobre el pueblo de Dios, para alejarlo de su Creador. El resultado ha sido trágico: un mundo controlado en gran medida por el pecado y el egoísmo, «este mundo malvado». (Gálatas 1:4). Pero Dios ha prometido la liberación de «la trampa del cazador» y del mal que el cazador ha engendrado en el mundo. Salmos 91:3

Las promesas de liberación de Dios son de interés personal para todos los que siguen los pasos de

Jesús, ya que les aseguran que Satanás no podrá atraparlos ni tenderles trampas . Como individuos, Dios nos libera diariamente de las trampas de Satanás, que son el error y el pecado. «El ángel del Señor», escribió el salmista, «acampa alrededor de los que le temen, y los libra». (Salmos 34:7). Qué promesa tan tranquilizadora, y qué felices nos sentimos al reclamarla como nuestra cuando oramos: «Líbranos del mal».

Hay una liberación aún mayor para el pueblo de Dios, para toda la iglesia de Cristo en la «primera resurrección» para reinar con Cristo. (Apocalipsis 20:4,6). Jesús dijo que las puertas del infierno no prevalecerán contra su verdadera iglesia, y en cumplimiento de esta promesa, las puertas del infierno —la condición de muerte— se abrirán de par en par, y todos los que han sufrido y muerto con Cristo serán liberados de la muerte y serán exaltados a la gloria para reinar con él durante los mil años de su reino.

La iglesia ha esperado esta gloriosa liberación a lo largo de todos los siglos de la actual Era del Evangelio. Los verdaderos discípulos de Cristo

sabían que esta liberación no llegaría hasta que él regresara. Pablo lo sabía y escribió que se le había reservado una corona de justicia que recibiría en «ese día», y añadió que todos los que aman la aparición de Cristo recibirían igualmente una «corona». —2 Timoteo 4:8

En la gran profecía de Jesús sobre el fin de la era — la profecía en la que identifica tantas de las condiciones del mundo actual— dijo a sus discípulos: «Cuando veáis estas cosas» —y sus discípulos que viven ahora las están viendo— «entonces mirad hacia arriba y levantad vuestras cabezas, porque vuestra liberación está cerca» (Lucas 21:31, 28). El hecho de que «estas cosas» predichas por el Maestro, que señalan la proximidad de la liberación de la iglesia de este mundo malvado, sean ahora claramente discernibles en el desfile diario de noticias, nos da la confianza de que muy pronto los últimos seguidores verdaderos de Cristo serán liberados, exaltados a la gloria, el honor y la inmortalidad con él, y que entonces las bendiciones de su tan ansiado reino comenzarán a fluir hacia una humanidad que sufre y muere.

Oramos: «Líbranos del mal», no solo porque anhelamos ser libres de un mundo malvado, sino también porque sabemos que la respuesta a esta petición significará la respuesta a nuestra otra petición: «Venga tu reino . Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Desde este punto de vista, incluso la parte de la oración cristiana que más significa para él es al mismo tiempo desinteresada, ya que también contempla ricas bendiciones para toda la humanidad.

Estas son las oraciones que agradan a Dios, es decir, las oraciones desinteresadas. Si bien Dios se complace cuando su pueblo le pide orientación individual, perdón y fortaleza espiritual, también quiere que se interesen por todos aquellos a quienes ama, es decir, por toda la humanidad. Mostramos nuestro interés en su plan para bendecir a las personas cuando oramos: «Venga tu reino», porque será a través de ese reino que él proporcionará un «banquete de manjares succulentos para todos los pueblos». Será en ese reino donde la muerte será devorada por la victoria y las lágrimas serán enjugadas de todos los rostros. Isaías 25:6-8; Apocalipsis 21:1-5

Por encima de todo, demos gracias continuamente a Dios por su amor, que ha provisto la alegría eterna para todos. No solo lo alabemos individualmente en nuestras oraciones, sino que también anunciemos al mundo entero su amor. Digámosles que, por medio de Cristo, se ha provisto lo necesario para que vivan, y que pronto su reino proporcionará paz por medio del «Príncipe de Paz», y salud y vida para todos por medio del Redentor y Salvador del mundo.